

MODERNIDAD, TEMPORALIDAD HISTÓRICA Y NACIONALISMO EN LOS ESTUDIOS POSTCOLONIALES

MODERNITY, HISTORICAL TEMPORALITY AND NATIONALISM IN POSTCOLONIAL STUDIES

Marco Perez
Università di Bologna

Entregado el 6-5-2011 y aceptado el 6-7-2011

Resumen: Los estudios postcoloniales han ayudado, en el plano historiográfico, a definir conceptualmente la modernidad en sentido global, sintetizando críticamente las anteriores reflexiones referidas a la narrativa histórica y la subalternidad. En este sentido, la perspectiva postcolonial intentó recuperar la narrativa del progreso cambiando su especialidad y temporalidad, investigando la historia como una realidad segmentada, ajena, por lo tanto, a una concepción lineal y progresiva del tiempo (el imposible y el irracional del progreso histórico). Se trata, sobre todo, de observar las posibilidades y las modalidades del discurso subalterno, su representación en un lenguaje «híbrido» (externo al del mundo académico occidental) y su definición como ejemplo de una modernidad alternativa. El ensayo considera no sólo el «paradigma nacional» como verificación del enfoque postcolonial, para su papel central en la historia «occidental» (la *Weltgeschichte* europea), sino también para mostrar su naturaleza plural y flexible, capaz de integrar narrativas orales y escritas y las diferentes representaciones simbólicas del concepto identitario. El postcolonialismo será evaluado como posibilidad innovadora, tanto en lo que respecta al tradicional debate asociado al nacionalismo, entre «modernistas» y «primordialistas», como cognoscitiva respecto al sentimiento identitario, como fenómeno atemporal y cíclico de las relaciones humanas.

Palabras clave: Estudios postcoloniales, Nacionalismo, Historia global, Historia de las tendencias historiográficas, Historia conceptual.

Abstract: Postcolonial studies have helped, in the field of historiography, to conceptually define modernity in a global sense, critically synthesizing the foregoing considerations concerning the historical narrative and the concept of subordination. In this sense, the postcolonial perspective attempted to recover the narrative of progress by changing its spatial and temporal structure, researching the history as a segmented reality alien to a linear and progressive conception of time (the impossibility and irrationality of the historical progress). Above all, it is mainly an observation of the possibilities and modalities of subaltern speech, its representation in a «hybrid» language (external to that of the western academic world) and its definition as an example of an alternative modernity. This essay considers not only the «national paradigm» as a verification of the postcolonial approach, for its central role in «Western» history (the European *Weltgeschichte*), but it also shows its plural and flexible nature, able to integrate oral and written narratives and the different symbolical representations of the concept of identity. Postcolonialism will be evaluated as an innovative possibility, both in terms of the traditional debate associated to nationalism, between «modernist» and «primordialist», as in the cognitive sense concerning the identity feeling as a timeless and cyclical phenomenon of human relationships.

Key words: Postcolonial Studies, Nationalism, World History, Historiographical Tendencies, Conceptual History.

Los estudios postcoloniales se vieron favorecidos (sin ser su emanación directa) por el general «giro lingüístico» historiográfico, recibiendo elogios en el mundo académico anglosajón en los años noventa y a continuación definidos en lo que, con una deliberada incorrección conceptual, podríamos llamar «paradigma postcolonial».

Este ensayo se propone explorar el concepto de modernidad, como eje central de la temporalidad histórica y, en especial, aquella narrativa nacional que, en la propuesta política, filosófica e historiográfica europea, se consideraba como pasaje necesario desde la prehistoria a la historia de los pueblos, posteriormente revisada en las teorías sobre el nacionalismo (incluso las críticas) como parte de una mayor integración y emancipación social.

La reflexión postcolonial se desarrollaba en paralelo a la controversia sobre el llamado «fin de la historia», expresión desafortunada y simplificada que escondía la exigencia de un cambio más profundo metodológico y conceptual en el ámbito de la «historia universal» (la *Weltgeschichte* Europea).

En general, la narración histórica había conservado hasta la mitad del siglo XX una linealidad temporal basada en el progreso y en la evolución social. Una visión optimista del desarrollo humano que se enraizaba en la revolución cultural y tecnológica del siglo XVIII y que se dio a conocer, aunque con algunas dudas, en la reflexión kantiana a partir de la obra *Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht* (Ideas para una historia universal) (1784). A partir de ese momento la historia va a obtener un sentido ético y dialéctico, que se resume en el espíritu hegeliano o en el materialismo marxista y consecuentemente por el nacimiento (o reforma) de conceptos como *Libertad*, *Modernidad* y *Progreso*. En el siglo XIX, sin embargo, el concepto de «decadencia», diseñado por Friedrich Nietzsche (1844-1900) como variante de una modernidad intermitente y en ocasiones portadora de desgracias, se abre paso en la reflexión histórica y cíclicamente recogerá el consenso de aquéllos que reconocerán el carácter contingentemente irracional y traumático de la historia. La incertidumbre sustituye la definición de totalidad histórica también en la postura de Max Nordau (1849-1923) y Georges Sorel (1847-1922) sin, por otra parte, romper definitivamente aquel hilo narrativo basado en el progreso evolutivo.

La Segunda Guerra Mundial representó para la historiografía una traumática ruptura del crecimiento que había representado el fondo discursivo de la historia mundial. De esta manera comenzó una reflexión sobre la

idea de la modernidad, que empezó a poner entre comillas conceptos antes indiscutibles. En otros campos el materialismo dialéctico mostraba una sorprendente vitalidad, ya que en los estudios de antropología y arqueología de Vere Gordon Childe (1892-1957), se ofrecía una explicación del cambio social que se apoyaba (supuestamente) sobre una mayor verificabilidad científica. En la segunda mitad del siglo XX la historiografía se dividirá entre aquellos que veían en la modernidad «la búsqueda afanosa de una sistematicidad ordenada a un fin superior, la construcción racionalizadora de la realidad» y quien pensaba que era sólo «un puñado de fragmentos de esa realidad» global¹.

En la reflexión semántica de Reinhart Koselleck (1923-2006) el concepto de modernidad nace, como redefinición terminológica, entre 1750 y 1850, un tiempo de transición (*Sattelzeit*) que llevó a la creación o más bien a la mutación semántica del lenguaje político-social. Los conceptos, para Koselleck, se pueden definir en términos temporales, sobre la base de ciertas condiciones materiales (no hay que olvidar que la escuela alemana de Bielefeld no reconocerá el idealismo extremo del posterior giro lingüístico historiográfico) como «singulares colectivos» capaces de representar «un sempre più complesso contesto di esperienza»². En particular, la dimensión temporal de la modernidad, orientada hacia el futuro, renovará el sentido de aquellos términos «su cui può sorgere e svilupparsi un diverso tipo di discorso politico centrato sul valore-guida del cambiamento storico e sulle sue straordinarie qualità legittimatorie»³. La temporalización del lenguaje hacia el cambio, explicado por Koselleck, es parte de una forma de entender la historia bastante reciente, que no podrá borrar de forma simplificada o lineal los significados anteriores, confirmando así la naturaleza discontinua del desarrollo histórico. La deconstrucción de la modernidad, entendida como novedad conceptual, se produce a través del reconocimiento de su carácter plural, basado en el dualismo entre el *Espacio de experiencia* y el *Horizonte de expectativa*. Para Koselleck este dualismo impedía la formulación narrativa de una historia total, debido a que los hechos se sustraen a la narración y a que

¹ E. Hernández Sandoica: *Los caminos de la historia: cuestiones de historiografía y método*, Síntesis, Madrid, 1995, p. 38.

² L. Scuccimarra: *Presentazione*, en R. Koselleck, *Il vocabolario della modernità*, Il Mulino, Bologna, 2009, p. XI.

³ L. Scuccimarra: *ibidem*, p. XII.

existía una diferencia que no se podía eliminar entre las relaciones sociales y la comunicación⁴.

En la relación entre realidad eventual y discurso, la temporalización histórica se divide entre una sincronía que busca la presencialidad cíclica del devenir y una diacronía que valora la profundidad temporal contenida en cualquier evento actual⁵. La dimensión diacrónica del hecho histórico tiende a excluir su novedad o su «invención», haciendo referencia más bien a la «larga duración» narrativa que lo ha hecho posible. Una interpretación fructífera que ayuda a exponer la ideología narrativa de los acontecimientos, demostrando sus discontinuidades temporales, sin que ello signifique un escape (más general) de la historia. Esto es porque las dimensiones socio-económicas y crítico-literarias (a partir del enfoque lingüístico de Hayden White) no podrían haber sido mutuamente excluyentes. Al vocabulario de la modernidad de Koselleck pertenecían los conceptos de la nueva Europa, a partir de aquel «progreso» continental que se había extendido a través de la subyugación colonial. El *Progreso* y la *Decadencia* son capaces de conceptualizar las dinámicas del tiempo histórico⁶. En particular:

El concepto de progreso se acuñó sólo a finales del siglo XVIII, cuando se trató de reunir la abundancia de experiencias de los tres siglos precedentes. El concepto único y universal de progreso se nutría de muchas experiencias nuevas, individuales, engarzadas cada vez más profundamente en la vida cotidiana, experiencias de progresos sectoriales que todavía no habían existido anteriormente⁷.

En este sentido, el *progreso* es un *singular colectivo* capaz de resumir en un superior nivel de abstracción las diferentes experiencias de una realidad en rápida mutación; representada en el plano lingüístico por elementos políticos (la Revolución francesa) y económicos (la Revolución industrial)⁸.

También la dimensión nacional fue creada como resultado del *Progreso* en la forma de patriotismo; un *singular colectivo* creado en el si-

⁴ R. Koselleck: *ibidem*, p. 7.

⁵ R. Koselleck: *ibidem*, p. 16.

⁶ R. Koselleck: *ibidem*, p. 51.

⁷ R. Koselleck: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós Ibérica, Barcelona, 1993, p. 346.

⁸ R. Koselleck: *Il vocabolario della modernità*, p. 62.

glo XVIII y a su vez generador de muchos *ismos* posteriores, como el republicanismo, el democraticismo, el liberalismo, el socialismo y, por supuesto, el nacionalismo. El patriotismo revolucionario francés poseía inicialmente una naturaleza constitucional y universalista, posteriormente abandonada (hacia liberalismo y socialismo) a favor de una interpretación nacional. En el curso del ensayo tendremos ocasión de volver sobre la relación entre temporalidad histórica, modernidad y discurso nacional, centrándonos en la impostación propuesta para los estudios postcoloniales.

La multiplicidad semántica también está presente en la deconstrucción de Jacques Derrida (1930-2004), que promovió el análisis crítico del discurso capaz de exponer la narratología presente en las ciencias humanas. Se trataba de derrocar a la investigación sobre la producción del discurso histórico, pasando del «livello informativo (grammaticale e logico) all'analisi del livello persuasivo (retorico), ma attualmente soprattutto all'analisi del livello profondo (ideologico e teorico)»⁹. El desafío planteado por Michel Foucault (1926-1984) se inclinaba hacia una descifración narrativa de la realidad histórica, del mito antropológico, hasta el psicoanálisis, interpretado por Jacques Lacan (1901-1981) como un subconsciente lingüístico y narrativo. En el plano de la temporalización histórica el deconstruccionismo desconfía de la narrativa centrada en el futuro, cuestionando aquella aspiración al «progreso» moral y tecnológico en que había sido teorizada la modernidad histórica. Una perspectiva sólo aparentemente «relativista» que insiste en el significado y la oportunidad del presente histórico, liberado de narraciones elitistas y etnocéntricas.

La obra de Foucault es crucial para el posterior acercamiento post-colonial a la modernidad y se desarrolla a partir de los años sesenta, también a través del debate con Jürgen Habermas, quien reivindicaba «l'orizzonte normativo in grado di fornire fondamento razionale alla filosofia critica e di giustificare al contempo un progetto di emancipazione universale che offra un'alternativa all'esistente»¹⁰. A partir de *Les mots et les Chose* (1966) Foucault rompió con la tradición estructuralista de Louis Althusser (1918-1990), mediante la inserción de la tradición marxista en la epistemología económica clásica de Ricardo. El escándalo causado por la obra inaugura la controversia, a continuación revivida en los noventa, referida al fin

⁹ J. Topolsky, A. Righini: *Narrare la storia. Nuovi principi di metodologia storica*, Bruno Mondadori, Milano, 1997, p. 117.

¹⁰ L. Bernini: *Le pecore e il pastore. Critica, politica, etica nel pensiero di Michel Foucault*, Liguori, Napoli, 2008, p. 226.

de la historia; centrada principalmente en el rechazo de la impostación materialista dialéctica (que de la historia universal fue la última acérrima defensora). La deconstrucción histórica de Foucault es así cuestionada tanto por la falta de sujeto como por el nihilismo relativista que se le asignaba.

En la discontinuidad de Nietzsche se busca una gama de registros lingüísticos, que comparten una nueva semántica y que incluyen el concepto de la «diferencia» de género, de las minorías y de las culturas subalternas. La *Shoah* representa, para Foucault, la prueba más tangible del fracaso de la narrativa histórica universal y en particular de la nacional. El concepto de *ser histórico* viene librado de la causalidad lineal para convertirse en una constante del presente, en el cíclico sentido de ruptura, de ambigüedad e incertidumbre representado por la historia. Ésta debe interpretarse en un sentido genealógico, donde la creación permanente no implica una destrucción permanente, en las tragedias relativas a las rupturas de la historia universal. El sentido histórico no necesita, para Foucault, de reglas repetibles y universales, sino de las pluralidades que involucran a los seres humanos¹¹.

Este enfoque, en el campo de la historiografía, ha sido recibido con una fuerte resistencia inicial, que ha dado paso a graduales concesiones al elemento narrativo como base estructural del conocimiento. En los manuales historiográficos, sin embargo, es todavía detectable una implícita nostalgia por aquellas estructuras donde el «progreso social» encontraba espacio.

Pero son muchos los que todavía, aquí o allá, echan de menos aquellas explicaciones generalizadoras, autónomas y estructurales de otro tiempo. No podemos llegar a prescindir de aquella aspiración a la totalidad y la comparación y aquellos referentes que nos acercaban —¿quizá engañosamente?— a la globalidad y al razonamiento causal de fundamentación económico-social. Hay corrientes que han vuelto a lo particular como eje metodológico interpretativo, en las ciencias sociales, y algo también de esta realidad —como veremos— ha venido a nacer en la historiografía. Pero a la mayor parte de nuestra comunidad científica este viraje puede desconcertarle aún y, a pesar de las bondades aparentes de un eclecticismo que es cada vez más amplio, trata de refugiarse en lo conocido, en lo único que queda, al parecer, del hilo rojo¹².

¹¹ J. Revel: *Michel Foucault: Un'ontologia dell'attualità*, Rubettino, Cosenza, 2003, p. 71.

¹² E. Hernández Sandoica: *Los caminos de la historia: cuestiones de historiografía y método*, p. 41.

Los estudios postcoloniales, que abarcaron el conjunto de las ciencias humanas, adquirieron contenidos y sugerencias nacidas en los años sesenta a través del deconstruccionismo, el psicologismo de Lacan y la percepción, mencionada por Foucault, pero también presente en Walter Benjamin (1892-1940), de la progresiva esterilización de la narrativa histórica. La introducción de este artículo ha ahondado en algunos conceptos e ideas ya presentes en el debate post-moderno y, a mi juicio, esenciales para comprender el ulterior avance hacia una forma diferente de entender la historia y su narración, pilares en los que está basada la impostación postcolonial. En el curso del ensayo, después de señalar los estudios más significativos y las tendencias recurrentes del mundo postcolonial, nos centraremos en el discurso nacional y en la ambigua actitud con la que los historiadores postcoloniales (entre rechazos y reformulaciones semánticas) lo tendrán en cuenta en relación con la modernidad y la temporalidad. En particular, vamos a tratar de entender si el enfoque postcolonial puede superar la rigidez estructural, basada sobre la naturaleza ideológica, elitista y funcional del nacionalismo; limitación que se ha vuelto más evidente en la reciente renacionalización de la política y en el éxito de la narrativa nacional entre los mismos subalternos.

Los estudios postcoloniales

Como se mencionó en la introducción al ensayo, el postcolonialismo no nace como una corriente de pensamiento estructurada, aunque en algunas de sus obras más importantes se perciben varias repeticiones paradigmáticas¹³. La deconstrucción del discurso histórico y político practicado por las corrientes post-estructuralistas y post-modernas había creado las premisas de la crítica postcolonial, que denunciará como ideológica la homogenización narrativa de la globalización. Si la *World History* estaba buscando una nueva totalidad del sentido, incluso en el campo de la historiografía, esto no podía llevar, para los estudiosos postcoloniales, a una

¹³ Para una definición conceptual de postcolonialismo, incluso como adelantamiento imperfecto e incompleto de Tercermundismo, véase E. Shoat: *Notes on the «Post-colonial»*, «Social Text», No. 31/32, *Third World and Post-Colonial Issues*. (1992), pp. 99-113; S. Hall: *When Was «the Post-Colonial»? Thinking at the Limit*, en I. Chambers, L. Curti (eds.): *The Post-Colonial Question: Common Skies, Divided Horizons*, Routledge, London, 1996, pp. 242-260.

simple reformulación de la vieja linealidad histórica. Se trataba más bien de buscar unas anticipaciones coloniales al concepto de «progreso», reconociendo en la historia global una pluralidad de narrativas híbridas y poniéndolas en el mismo plano.

Para una profundización de la «condición postcolonial» convendrá proceder hacia aquellas sugerencias capaces de determinar las «diferencias» y la discontinuidad de la narración histórica, a partir de las obras de C.L.R. James (1901-1989) y Edward Said (1935-2003) y también a través los *Subaltern Studies* de Ranajit Guha o la perspectiva de «género» de Chandra Talpade Mohanty y Gayatri Spivak.

En general, las síntesis académicas sobre el postcolonialismo (incluso de los académicos postcoloniales) reconocen en la obra de Edward Said, *Orientalism* (1978), el primer intento, provocador, de rediseñar los mapas conceptuales y temporales del nuevo mundo globalizado. En particular, la deconstrucción de la *Weltgeschichte* europea llevará a Said a identificar en el orientalismo un discurso clave en la auto-representación de Occidente y, más tarde, en su gestión de los territorios coloniales (con especial referencia a los de Oriente Medio). Una impostación provocadora y crítica tanto del discurso político de la derecha como del de la izquierda, e incluso que veía en el marxismo una expresión del discurso orientalista¹⁴.

La hegemonía orientalista, para Said, empezaba en las narraciones medievales de comerciantes y marineros para llegar, a partir del siglo XVIII, a una definición académica más amplia, que reconocía en el Oriente una mezcla de encanto y crueldad. Para Said, fue principalmente la expansión inglesa y francesa en el Oriente Medio la determinante del discurso orientalista, con un impacto menor (aunque importante) de Alemania, Italia y Rusia. En un epílogo de 1994 observó cómo en la representación de los subalternos, habían sido numerosos los textos excluidos por el historicismo europeo. Si la invasión napoleónica de Egipto fue uno de los fundamentos cognitivos del Oriente Medio (político, antropológico y geográfico), en los mismos años salía el contra-relato de Abd al-Rahman al-Giabarti (1753-1825), que nos permite enmarcar el punto de vista de los invadidos. Una línea estricta de división entre colonizados y colonizadores que luego se abandonó por la crítica postcolonial.

¹⁴ Véase, también, B.S. Turner: *Marx and the End of Orientalism*, George Allen & Unwin, London, 1978.

En comparación con las diferentes conceptualizaciones a que la obra ha dado lugar, Said toma nota de la proximidad con las posteriores imposiciones post-modernas y postcoloniales, reconociendo en las primeras un rechazo general de las grandes narraciones históricas, mientras que las segundas se habrían mantenido fieles a las tradicionales formas historicistas. Los estudios realizados por Anwer Abdel Malek, Samir Amin y C.L.R. James tuvieron de todas formas el mérito, para Said, de haber puesto de manifiesto la sustancial pluralidad de la narrativa historiográfica.

Las «diferencias» históricas se construían incluso en el enfrentamiento entre colonizadores y colonizados, como deseo emancipador de estos últimos o como redescubrimiento de culturas o hechos históricos censurados por la narrativa «homologante» del primer mundo. En este sentido, en la definición de los estudios postcoloniales deben ser mencionados los trabajos de C.L.R. James, *The Black Jacobins* (1938); de Aimé Césaire (1913-2008), *Toussaint Louverture* (1960) y de Frantz Fanon (1925-1961), *Les damnés de la terre* (1961). Mucho antes de que el «discurso» colonial viniera deconstruido, James recuperaba el recuerdo de la olvidada (aunque exitosa) revolución de Haití. La acción política y militar de Toussaint Louverture (1743-1803) había, de hecho, negado dos axiomas del discurso historicista, la idea de que un discurso emancipador sólo pudiera alcanzarse en el interior de la narrativa progresiva de la *Weltgeschichte* y que tal idea se refiriera específicamente al concepto de «modernidad» (en un sentido más global).

A la obra de James harán referencia las útiles contribuciones de Michel-Rolph Trouillot *Silencing the Past* (1995) y de Paul Gilroy en *The Black Atlantic* (1993), ambos interesados en el redescubrimiento de los aspectos mudos y negados del *hacerse* histórico. Para Trouillot los seres humanos participaban en la historia como «actores» y como «narradores», traduciendo y seleccionando, en el segundo caso, los acontecimientos según una forma racional y comprensible. En particular, la historia se podría dividir entre lo que viene narrado y aceptado y aquellos eventos que (aunque materialmente producidos) no pueden ser divulgados por «inconcebibles». En este sentido, «the Haitian Revolution (...) entered the history with the peculiar characteristic of being unthinkable even as it happened»¹⁵. La contemporánea Revolución francesa confirmaba, ade-

¹⁵ M.-R. Trouillot: *Silencing the Past: Power and the Reproduction of History*, Beacon, Boston, 1995, p. 73.

más, el axioma histórico según el cual los «derechos del hombre» (claramente blanco) representaran un gran logro de la civilización occidental. Los haitianos no estaban preparados, más bien estaban racialmente incapaces, para una revolución reivindicadora.

The Haitian Revolution did challenge the ontological and political assumption of the most radical writers of the Enlightenment. *The events that shook up Saint-Domingue from 1791 to 1804 constituted a sequence for which not even the extreme political left in France or in England had a conceptual frame of reference.* They were «unthinkable» facts in the framework of Western thought¹⁶.

Desde el punto de vista narrativo, «the general silence that Western historiography has produced around the Haitian Revolution originally stemmed from the incapacity to express the unthinkable»¹⁷. En este sentido, incluso los historiadores sociales británicos expresaron su renuncia a introducir la revuelta haitiana en el marco temporal y conceptual de la *edad de las revoluciones*¹⁸. Tal censura comprendió, para Trouillot, incluso la «cuestión esclavista», que en el trabajo de Gilroy será un elemento esencial de la modernidad. Como reconoce Sandro Mezzadra, «Gilroy ricostruisce piuttosto le modalità complesse con cui quello spazio (l'atlantico) è stato percorso a ritroso —e letteralmente reinventato— dai neri stessi»¹⁹.

Para Kofi Omoniyi Campbell, «Gilroy conceives and describes the black atlantic, then, as a black diaspora, as the political, cultural, and creative interrelations among blacks living in Africa, the Americas, and Europe»²⁰. El «Atlántico negro» será, por lo tanto, revivido en el campo literario y estudiado como un traumático signo de una realidad ya global, siendo el elemento capaz de liberar o de enriquecer a grandes sectores del proletariado europeo. La esclavitud «imaginada» será entonces el manifiesto de la negritud y al mismo tiempo un elemento creativo del hibridismo descrito por Homi Bhabha en *The Location of Culture* (1994).

¹⁶ M.-R. Trouillot: *ibidem*, p. 82.

¹⁷ M.-R. Trouillot: *ibidem*, p. 97.

¹⁸ M.-R. Trouillot: *ibidem*, p. 99.

¹⁹ S. Mezzadra: *La condizione postcoloniale: Storia e politica nel presente globale*, Ombre Corte, Verona, 2008, p. 66.

²⁰ K.O.S. Campbell: *Literature and Culture in the Black Atlantic: From pre-to Postcolonial*, Palgrave MacMillan, New York, 2006, p. 2.

También los *Subaltern Studies* de Guha se enfrentaron a la modernidad de los subalternos de un modo similar, en oposición a Eric Hobsbawm y a los historiadores sociales británicos en la evaluación de las revueltas campesinas de la India británica. Para Guha la narrativa historiográfica europea traducida en la India demostraba unos límites conceptuales que se referían tanto a la existencia de una élite burguesa indígena como a la valoración del discurso nacional indio. En el ámbito intelectual las élites nativas, que para Guha no pueden compararse (debido a su insignificancia política) a las clases medias europeas, demuestran hacia los levantamientos campesinos una actitud ambivalente. Incluso cuando parecen simpatizar con la causa campesina no se niegan a ver en las revueltas un componente marginal en el plano económico y social. Para Guha, al contrario, éstas ya eran conscientes de su condición social, aunque excluidas de la narrativa del «progreso». En términos gramscianos nos enfrentamos a una dominación sin hegemonía, que igualmente conseguirá construir un discurso nacionalista en el ámbito historiográfico. Este enfoque condujo a Guha a denunciar el exceso de «estadismo» en la historiografía «que convierte el curso entero de la historia en una genealogía del sistema político y social», es decir, «los valores y la cultura del entorno del propio historiador»²¹. Para Josep Fontana, aun cuando la narración histórica parezca oponerse al sistema, sólo la inclusión en una óptica «estadista» garantizará su supervivencia. En la práctica, «la voz dominante del estatismo ahoga el sonido de una muchedumbre de protagonistas que hablan en voz baja y nos incapacita para escuchar estas voces que tienen otras historias que explicarnos, que por su complejidad resultan incompatibles con los modos simplificadores del discurso “estadista”»²².

El discurso nacional y estatal era, por lo tanto, un «singular colectivo» capaz de eliminar algunas de las diferencias más provocativas, a partir de las de «género». Para Guha, los disturbios en Telangana entre 1946 y 1951, dirigidos por el Partido Comunista local, fueron diferentemente vividos por los directivos masculinos (que se proponían la conquista del poder) respecto a las militantes de sexo femenino (frustradas en sus demandas por el discurso estadista). Gayatri Spivak, en su famoso ensayo *Can the Subaltern Speak?* (1988), extendió la crítica al deconstruccionismo de Foucault y de Gilles Deleuze (1925 a 1995), considerándolo concep-

²¹ J. Fontana: *Ranahit Guha y los «Subaltern Studies»*, en R. Guha: *Las voces de la historia: y otros estudios subalternos*, Crítica, Barcelona, 2002, p. 14.

²² J. Fontana: *ibidem*, p. 14.

tualmente incapacitado para dar voz a los subalternos. El campesino indio poseía una razón y un discurso diferente del de las élites nativas, aunque en el ámbito historiográfico fue considerado como un mero instrumento de ésta y de la narrativa nacional-estatal. Los dos ejemplos de subalternidad de género citados por Spivak en el ensayo se refieren al ritual del *Sati* (el suicidio ritual de las viudas) y al suicidio de una de las tías de la autora (Bhubaneswari), por razones políticas, a la edad de diecisiete años. Como sugiere el título del ensayo, se trataba de responder a la pregunta de si, deconstruido el discurso político que representaba a los subalternos, ellos podían hablar a través de diferentes formas de «representación». En el caso de la joven suicida Bhubaneswari, que se colgó durante el ciclo menstrual, el mensaje era aparentemente claro: el suicidio no fue causado por un embarazo no planeado. Mensaje que, como Spivak señala, fue mal interpretado en el ámbito familiar y no considerado en el plano político. En lo que respecta a la abolición del *Sati* por parte de la administración británica, el discurso se refería a la inevitable carga «progresiva» de los hombres blancos, valientemente comprometidos a defender a las mujeres indígenas de sus hombres. Incluso en este caso la capacidad de hablar y ser escuchadas se convertía en un imposible histórico.

The abolition of this rite by the British has been generally understood as a case of «White men saving brown women from brown men». White women —from the nineteenth-century British Missionary Register to Mary Daly— have not produced an alternative understanding. Against this is the Indian nativist argument, a parody of the nostalgia for lost origins: «The women actually wanted to die». The two sentences go a long way to legitimize each other. One never encounters the testimony of the women's voice-consciousness²³.

El subalterno representa, también en el sentido gramsciano, una realidad fragmentada y, sin embargo, la definición genérica propuesta por Spivak no la libró de ciertos ataques críticos, que subrayaron la naturaleza urbana y burguesa de la suicida Bhubaneswari²⁴. En el ensayo *Sub-*

²³ G.C. Spivak: *Can the Subaltern Speak?*, en P. Williams, L. Chrisman (eds.): *Colonial Discourse and Post-Colonial Theory, A Reader*, Prentice Hall/Harvester Wheatsheaf, Hertfordshire, 1993, p. 93.

²⁴ M. Asensi Pérez: *La subalternidad borrosa: Un poco más de debate en torno a los subalternos*, en G.C. Spivak: *¿Pueden hablar los subalternos?*, Museu d'Art Contemporani de Barcelona, Barcelona, 2009 (1 ed. 1988), p. 31.

altern Studies: Deconstructing Historiography (1985), Spivak hace hincapié en los límites historiográficos de las élites burguesas indias, al describir o entender las necesidades de los subalternos (especialmente de los campesinos). Para Spivak, de una manera mucho más radical que en Guha, el discurso nacional habría sido legitimado por los silencios y las censuras²⁵. El subalterno se puede considerar, en otras palabras, la frontera de la historiografía, en el sentido que «es necesariamente el límite absoluto del espacio en el cual la historia se narrativiza como lógica»²⁶.

La perspectiva de género será tratada también por Mohanty en el también famoso ensayo *Under Western Eye* (1984) y por Nirmal Puwar en *Melodramatic Posture and Construction* (2003) sobre la condición silenciada de la mujer extra-europea, simple objeto de estudio o presa de su propio mito. Para Mohanty se tratará de reconocer «the production of the “Third World Women” as a singular monolithic subject in some recent (western) feminist text»²⁷. A partir de la difícil relación entre «feministas negras» y «feministas blancas» en los Estados Unidos, se examinaron nuevamente los parámetros de interpretación según los cuales la «mujer» del tercer mundo era reconocida como sujeto subalterno por excelencia. La visión etnocéntrica de las feministas occidentales hubiera podido, por lo tanto, equilibrar diferencias y necesidades reales, estableciendo un discurso hegemónico sobre el tercer mundo²⁸.

En el ensayo *Subaltern History as Political Thought* de Dipesh Chakrabarty, se admite la división hecha por Shiller, y captada por Hayden White, sobre la división entre lo bello y lo sublime en el discurso histórico. El sentido estético del historiador se produce en el archivo racional del caos histórico (lo sublime) por su naturaleza no representable. La narración sufre «una domesticación política» cuando se intenta privilegiar «the beautiful over the sublime, the idea of order over the confusion

²⁵ G.C. Spivak: *Estudios de la Subalternidad: Deconstruyendo la Historiografía*, en S. Mezzadra (ed.): *Estudios Postcoloniales: Ensayos Fundamentales*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2008, p. 37.

²⁶ G.C. Spivak: *ibidem*, p. 49.

²⁷ C.T. Mohanty: *Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourse*, boundary 2, vol. 12, n. 3, *On Humanism and the University I: The Discourse of Humanism* (1984), p. 333.

²⁸ C.T. Mohanty: *ibidem*, p. 352.

that history actually is»²⁹. La confusión de la historia y de su narrativa se muestra, por Chakrabarty, particularmente útil en la evaluación de las clases subalternas indias. Incluso en este contexto lo sublime de la historia se conecta a la reflexión de los estudiosos de la subalternidad acerca de la no representabilidad de los humildes.

Para Bhabha las categorías narrativas muestran varios límites en el plano historiográfico, en el sentido de que la actualización conceptual se presenta más lenta de su *hacerse* histórico, caracterizado por un presente siempre cambiante. En particular, el encuentro de las diferencias generaría nuevos significados y signos de identidad. El sentido histórico, abandonadas sus pretensiones universales, podría renacer como síntesis cultural en el signo del hibridismo. Para Bhabha, «culture as a strategy of survival is both transnational and translational»³⁰. Su transnacionalidad dependería del movimiento global de conceptos, de hombres (por razones políticas y de supervivencia), de sentidos identitarios «imaginados» a nivel global, como el controvertido concepto de «negritud». A través de la contra-modernidad de la crítica postcolonial se vislumbra la idea de un nuevo sentido social, no condicionado por el pasado y no obsesionado por el futuro. Como escribió Bhabha:

Driven by the subaltern history of the margins of modernity — rather than by the failures of logocentrism— I have tried, in some small measure, to revise the known, to rename the postmodern from the position of post-colonial.³¹

En este sentido, Sandro Mezzadra, reflexionando sobre uno de los clásicos de los estudios postcoloniales, *Provincializing Europe* (2000) de Chakrabarty, reconocerá en la relación entre «abstracción» capitalista y diferencia postcolonial la verdadera novedad teórica de la corriente historiográfica. En lugar de apreciar las múltiples referencias a la multiculturalidad y a la general perspectiva de «género», que por sí solas no constituyen una propuesta de investigación, nos centraremos en la «abstracción» como noción fundamental de la producción capitalista y de la modernidad.

²⁹ D. Chakrabarty: *Subaltern History as Political Thought*, en V.R. Mehta, T. Pantham (eds.): *Political Ideas in Modern India: Thematic Explorations*, vol. X, Part 7, Sage Publications, New Dehli, 2006, p. 96.

³⁰ H. Bhabha: *The Location of Culture*, Routledge, London, 1994, p. 172.

³¹ H. Bhabha: *ibidem*, p. 175.

La dicotomía histórica se desarrolla en la oposición ofrecida por el trabajo «vivo» al abstractismo capitalista. A estas categorías corresponden la *Historia 1*, basada en el tiempo vacío del capital, y la *Historia 2*, que representa la pluralidad temporal del «trabajo vivo». Esta dicotomía se repite en el concepto de modernidad, que se divide entre la historia vacía del capital y del Estado (*Historia 1*), y la «rellena», híbrida y plural en el plano de la temporalidad, que procede de cada una de las realidades locales. La postura de Chakrabarty se encuentra exactamente a medio camino entre «universalismo» y «relativismo», recuperando en un nivel diferente algunas categorías conceptuales y narrativas.

Es rechazado, en cambio, el concepto de globalización entendido como en la obra de Michael Hardt y Antonio Negri, *Impero* (2000), que buscaba en la deslocalización de la producción una posible evolución en sentido radical o revolucionario. La palabra imperio, para Chakrabarty, es engañosa, ya que invoca el fantasma del colonialismo y la relación dualista entre centro y periferia. En lugar de una colonización unidireccional de personas e ideas procedentes del centro, se producía un flujo constante de emigrantes a Europa, en un contexto político marcado por el hibridismo político y cultural³².

Para una discusión sobre los estudios postcoloniales cabe mencionar la importante síntesis de Robert Young *Post-Colonialism: An Historical Introduction* (2001), que resume tendencias y contradicciones del universo postcolonial, sobre todo, haciendo hincapié en el peso de las luchas anti-coloniales en la creación de la contemporaneidad y del mismo enfoque postcolonial.

Like postcolonialism, anti-colonialism was a diasporic production, a revolutionary mixture of the indigenous and the cosmopolitan, a complex constellation of situated local knowledges combined with radical, universal political principles constructed and facilitated through international networks of partycells and organizations (...) This decentered anti-colonial network, not just a Black Atlantic but a revolutionary black. Asian and Hispanic globalization, with its own dynamic counter-modernity, was constructed in order to fight global imperialism, demonstrating in the process for own times that «globalization» does not necessarily involve irresistible totalization³³.

³² D. Chakrabarty: *Al margen de Europa: Pensamiento postcolonial y diferencia histórica*, Tusquets, Barcelona, 2008 (primera edición de 2000), p. 24.

³³ R. Young: *Postcolonialism: An Historical Introduction*, Blackwall, Oxford, 2001, p. 2.

Para Young el postcolonialismo es también una forma de oposición a la civilización occidental por parte del tricontinente (Asia, África, América), aunque también haya incluido fragmentos de territorio europeo (Europa del Este, Irlanda, el mundo de los inmigrantes, incluso de segunda y tercera generación).

El manual de Young está dirigido a la necesidad de definir los estudios postcoloniales y resume las tendencias clave frente al desafío (o la oportunidad) del concepto de globalización. Para Chakrabarty, por otra parte, la perspectiva postcolonial demuestra su actualidad en la construcción de una nueva narrativa de la modernidad, que tiene en cuenta la gran migración del tricontinente hacia Occidente.

Para Chakrabarty, el discurso humanista del colonialismo se renovó como utopía de liberación en los movimientos nacionalistas de los años sesenta. Refiriéndose a la obra de Fanon, Chakrabarty mostró el carácter incompleto y el sustancial racismo del universalismo europeo y, sin embargo, la oportunidad (traicionada) representada por el abstracto humanismo ilustrado del siglo XVIII. En lugar de una narrativa anti-occidental fundada sobre conceptos vagos (como fue en algunos casos la negritud), se trataba de construir un nuevo «universalismo» global, externo pero no contrario a la narrativa de los derechos. Se trataba, en particular, de crear un humanismo que no despreciara a los territorios coloniales y que afrontara sin vacilar la «cuestión racial» como siniestro motor de la modernidad y como factor de división, a menudo re-emergente como rechazo o negación, en la prosa historiográfica³⁴.

Para Mezzadra los estudios postcoloniales debían hacer hincapié en el papel central que tiene la inmigración en la definición de nuevos espacios políticos, contra la lectura neo-colonial en la valoración de los últimos acontecimientos políticos internacionales³⁵. En este caso, el discurso neo-colonial además de no pagar estos traumas históricos, a partir de la esclavitud, que habían surgido dentro del historicismo europeo, producía una lógica de auto-exculpación de las élites nativas, en la que «el presente resulta como inesorabilmente risucchiato nel vortice del passato

³⁴ D. Chakrabarty: *El humanismo en la era de la globalización: La descolonización y las políticas culturales*, Centro de cultura contemporánea de Barcelona, Madrid-Barcelona, 2009, p. 23.

³⁵ S. Mezzadra: *La condizione postcoloniale: Storia e politica nel presente globale*, p. 8.

coloniales»³⁶. Se trata, en cambio, de provincializar el discurso europeo para crear una modernidad heterogénea, capaz de utilizar nuevas categorías analíticas. En este sentido, Mezzadra muestra, entre las novedades interpretativas de la corriente, la capacidad de insertar en el contexto metropolitano discursos y prácticas desarrolladas en las periferias coloniales.

Los estudios postcoloniales, a partir de Said, denunciaron la vocación esencialmente totalizadora del discurso historiográfico (e historicista) occidental, del cual, el marxismo analítico anglosajón representaba un vigoroso defensor³⁷. Un orientalismo más difícil de discernir cuando es crítico con el imperialismo blanco y disfrazado por vocaciones tercermundistas; aunque igualmente indiferente a las diversidades culturales y de género³⁸. Una actitud paternalista hacia las propuestas teóricas de los movimientos de liberación extra-europeos (incluso cuando son de tradición marxista), de rasgos eurocéntricos y patriarcales. Robert Young, a partir de la obra *White Mythologies* (1990), reconoce en la superación gradual de la historiografía social inglesa, reconocida también por Guha dentro de una perspectiva nacional, una importante oportunidad para los estudios postcoloniales. Más duradera fue la postura post-estructuralista y maquista en los estudios subalternos y postcoloniales; en particular, la reflexión crítica de Althusser sobre el historicismo y las diferencias, más tarde extendida por Foucault. Los estudios postcoloniales, críticos del historicismo marxista, fueron impulsados por el post-estructuralismo althusseriano y por la reflexión de Gramsci sobre las culturas subalternas. Para Young, esta perspectiva revolucionaria fue elaborada desde la periferia tricontinental y luego revivida en Occidente, en un sentido híbrido y global, capaz de integrar la no-violencia gandhiana, el anti-colonialismo y el anti-racismo (temáticas tomadas por el movimiento estadounidense de los derechos civiles)³⁹.

El discurso sobre el nacionalismo, que se abordará con mayor detalle en la siguiente sección, se iniciará a partir del ensayo de Parthe Chatterjee

³⁶ S. Mezzadra: *ibidem*, p. 30.

³⁷ R. Young: *Nuevo recorridos por la mitologías blancas*, en S. Mezzadra (ed.): *Estudios Postcoloniales: Ensayos fundamentales*, p. 200.

³⁸ Sobre los límites conceptuales de la tradición marxista anglosajona véase también M. Barrett: *Woman's Oppression Today: Some Problems in Marxist Feminist Analysis*, Verso, London, 1988; P. Gilroy: *The Empire Strikes Back: Race and Racism in '70s Britain*, Centre for Cultural Studies, Hutchinson, 1982.

³⁹ Véase R. Young: *Postcolonialism: An Historical Introduction*, *passim*.

Nationalist Thought and Colonial World (1986) para centrarse en la resistencia al discurso colonial y poner de relieve la falta de previsión de las élites ex-coloniales. En este sentido, si el nacionalismo sobreviviera, lo haría (en el discurso académico) como una forma de nacionalismo étnico, de acuerdo con una postura claramente eurocéntrica que desconoce formas ajenas (necesariamente anti-progresivas) de organización territorial.

Nacionalismo y modernidad en la crítica postcolonial

El discurso nacionalista, como elemento lineal o discontinuo de la modernidad, representa un reto para la investigación historiográfica y la crítica postcolonial. En este apartado vamos a tratar de poner de relieve las posiciones postcoloniales sobre el nacionalismo, buscando en ellas la posible salida del *impasse* historiográfico entre posiciones «constructivistas» y «etno-simbólicas» (versión actualizada del debate anterior entre modernistas y primordialistas).

Desde los años sesenta el paradigma nacional fue gradualmente aceptado en su carácter abstracto, como discurso de poder ligado a la territorialidad o como medio e invención de las élites industriales y burguesas. Benedict Anderson en *Imagined Communities* (1983) identificó en la cohesión nacional el resultado de la imaginación social e individual. El discurso de Anderson parece suavizar poco a poco el elitismo radical propuesto por Eric Hobsbawm en el ya clásico *The Invention of Tradition* (1983), razón por la cual su trabajo será replicado por la tendencia etno-simbólica de Anthony Smith, que veía en el paradigma nacional una construcción de «larga duración» basada no sólo en la imaginación simbólica de las élites, sino también de los estratos subalternos.

Para Partha Chatterjee el discurso de Anderson no variaba del «construccionismo» de Hobsbawm, que proponía una «imaginación» funcional al industrialismo, a través del desarrollo y la difusión de la imprenta. El sentido identitario imaginado habría sido confeccionado y luego divulgado en los países de tradición colonial. Para Chatterjee el origen del nacionalismo se encuentra en la expansión política y comercial de Francia e Inglaterra, más tarde reproducida como modelo estándar en todo el continente europeo. La manera «oriental», colonial, de entender el nacionalismo fue impulsada tanto por actitudes imitadoras, como por repulsivas (en busca de una propia identidad) hacia el modelo occidental. Esta diferencia era, a menudo en la postura liberal de Hans Kohn (1891-1971),

la línea divisoria entre un nacionalismo «bueno» y democrático y la irracionalidad del etnicismo⁴⁰. En este sentido, si el discurso nacional era un elemento inseparable del desarrollo histórico y de un progresivo racionalismo, era lógico pensar que cualquier desviación teórica y política de esta transición fuera un ataque a la modernización. Un enfoque que rechazaba la «diferencia» oriental como una peculiar forma de adaptación y traducción de la modernidad.

En particular, Chatterjee rechazaba el paradigma «constructivista» del nacionalismo, en los años en que el binomio entre industrialización e identidad nacional eran todavía centrales, afirmando, en los casos africanos y asiáticos, la posible desviación (también con rasgos aparentemente irracionales) respecto de los modelos estándar de nación, en busca de una diferente integración nacional (también como discurso de progreso). En la obra *The Nation and Its Fragments* (1993) Chatterjee muestra cómo las teorías occidentales sobre el nacionalismo (críticas, favorables o justificacionistas) pertenecen a la misma narrativa, llamando irracionales aquellas «desviaciones» de un proceso histórico pensado como inevitable. El resurgimiento de los nacionalismos después del fin de la Unión Soviética fue considerado como una posible amenaza para las democracias occidentales, cuando todavía en los años sesenta a aquel mismo nacionalismo (en las formas liberales o revolucionarias) se asociaban las esperanzas reformativas y de liberación de los países ex-coloniales. Las teorías constructivistas, tratantes de la «invención» o de la «imaginación» nacional, por parte de los funcionarios coloniales y de las élites nativas, son, para Chatterjee, totalmente inadecuadas para explicar el sentido identitario del llamado tercer mundo, especialmente porque están relacionadas con una visión lineal de progreso limitada al ámbito de las instituciones políticas. Al ir a menos también iba a menos la unidad de propósitos, la «ficción» occidental según la cual el Estado representaba la suma de los intereses individuales. A un enfoque burgués de nación, esencialmente racional, se opuso en el caso indio una conciencia campesina como única contraparte del poder colonial. En el campo de las diferencias de género se determinaba, en cambio, una nueva forma patriarcal, no sólo lejos de los modelos tradicionales nativos, sino también por el discurso instrumental sobre los derechos de las mujeres occidentales, posición no siempre incluida en

⁴⁰ P. Chatterjee: *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?*, Zed Books, London, 1986, p. 3.

el ámbito del movimiento feminista⁴¹. La política nacionalista, en el caso indio, se presentó en el siglo XIX como parte de un discurso universalista y modernizador, que hizo de la «cuestión femenina» un ejemplo significativo de la condición bárbara y degenerada de la India precolonial⁴².

También para Guha, el concepto hegeliano de Estado muestra limitaciones teóricas y cognitivas, incluso cuando no incluye en el concepto de historia universal la prosa india de Ramram Basu (1751-1813). Un ejemplo, para Guha, «que detiene a la Historia-Universal en su trayectoria globalizadora» y que «nos incita a escapar de la contención genérica y a unirnos con la historicidad al otro lado de la frontera»⁴³. Por el contrario, para los funcionarios británicos, la nación india entró en la historia a través del Estado colonial, conductor de progreso y de racionalidad institucional, convicción posteriormente estudiada como una invención ideológica (pero aún dentro del discurso-nación). La historia universal entra en la prehistoria de los pueblos «sin historia» para proporcionarles un Estado o una eventual edad del oro nacional, de acuerdo con un discurso historicista fundamental para la misma existencia de los estados occidentales. Para Guha, tal globalización de una específica característica institucional de la Europa moderna representa «el triunfo de la prosa de la historia sobre la prosa del mundo»⁴⁴. Si la prosa de la historia confiere una mirada selectiva hacia el pasado, la prosa del mundo suponía una invitación a todo tipo de historicidades, deconstruyendo la temporalidad homogénea del Estado y de la nación.

A través de su concentración en el Estado como centro del lugar del hombre en el mundo, la prosa de la historia funciona como una estrategia de contención. Cercado por el Estado y su historiografía, el ciudadano queda al margen de su propia historicidad como ciudadano del mundo⁴⁵.

El discurso nacional se mostraba como un formidable «singular colectivo», capaz de aplicarse (mostrando flexibilidad temporal y semántica)

⁴¹ P. Chatterjee: *The Nation and Its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*, Princeton University Press, Princeton, 1993, p. 9.

⁴² P. Chatterjee: *ibidem*, p. 118.

⁴³ R. Guha: *La historia en el término de la historia universal*, Crítica, Barcelona, 2003 (primera edición de 2002), p. 34.

⁴⁴ R. Guha: *ibidem*, p. 76.

⁴⁵ R. Guha: *ibidem*, p. 77.

a una variedad de contextos. La nación es, después de todo, un concepto atemporal, que tiene su origen en el pasado (necesariamente construido) para mirar hacia el futuro.

Con tales premisas, Gayatri Spivak en el libro entrevista *Who Sings the Nation-State?* (2007) introduce la naturaleza ambigua del Estado moderno, formado por las minorías inmigrantes, portadoras a su vez de diferentes interpretaciones del mismo Estado-nación. Una peculiar lejanía del Estado y del concepto de ciudadanía se reproduce en el centro del mundo occidental, generando nuevas clases de subalternos (portadores de un nuevo discurso histórico e identitario)⁴⁶. En cierto sentido emergen una sociedad y una política basadas en las diferencias, capaces de superar la coincidencia entre pertenencia identitaria y legitimación de la clase dominante. El modelo estatal israelí muestra, por otra parte, la fuerza del modelo nacional (basado en la identidad), aunque su extrañeza contextual haya sido causa de conflictos irresueltos⁴⁷. En relación con las reflexiones de Hannah Arendt (1906-1975) sobre la represión de las minorías y de la diversidad, Spivak se pregunta si el discurso revolucionario sobre los «derechos humanos» nunca ha encontrado una verdadera actuación en los siglos XIX y XX. Se trataba, por lo tanto, de reflexionar sobre el concepto de nación globalmente, más allá de las categorías de clase o de raza presentes en la sociedad europea y valorando las diferentes formas-Estado surgidas en África y en Asia oriental⁴⁸. La liberación de la forma-Estado por el prejuicio nacionalista habría mejorado las funcionalidades administrativas, además de rediscutir el concepto de ciudadanía dentro estructuras más equitativas.

Peter Linebaugh y Marcus Rediker utilizarán la metáfora de la Hidra (la mítica criatura de múltiples cabezas) para describir la lucha entre sociedad y Estado. Si en la tradición anglosajona la figura mitológica de Hércules fue asociada al poder y al orden, incluso en un sentido histórico (como hizo Giambattista Vico), la figura de la Hidra, en su mítico enfrentamiento con el héroe griego, representaba la naturaleza «plural» de los sujetos económicos e históricos. El desarrollo del capitalismo se había logrado en un contexto global a través de temas y cuentos silenciados

⁴⁶ J. Butler, G.C. Spivak: *Who Sings the Nation-State?: Language, Politics, Belonging*, Seagull Books, Calcutta, 2007, p. 15.

⁴⁷ J. Butler, G.C. Spivak: *ibidem*, p. 25.

⁴⁸ J. Butler, G.C. Spivak: *ibidem*, p. 97.

por las abstracciones de la historiografía «da tempo schiava dello stato-nazione»⁴⁹.

Para Chakrabarty, la acción de los campesinos indios era plenamente política (como para Guha y a diferencia de Hobsbawm) y su subalternidad no estaba tan decidida, en sentido marxista, tanto por una no definida conciencia de clase, como por la aceptación del discurso nacional gandhiano⁵⁰. A través de la fórmula nacional el campesino indio asumía un carácter legendario, que lo diferenciaba del individualismo burgués e imperialista (básicamente un nacionalismo romántico-populista).

Sobre el nacionalismo en África vale la pena citar el trabajo de Mahmood Mamdani *Citizen and Subject* (1996) a propósito de las limitaciones del progreso colonial y del *Indirect Rule* británico. En particular Mamdani destacó la doble naturaleza del imperialismo, influido por la perspectiva racial, que dividía los derechos civiles de los blancos de aquellos tribales de las poblaciones de color (de acuerdo con una concepción autoritaria del tribalismo, que fue el resultado de la reconstrucción de misioneros y antropólogos)⁵¹. Para Achille Mbembe, en *At the Edge of the World: Boundaries, Territoriality, and Sovereignty in Africa* (2000), la heterogénea territorialidad africana se manifestaba también en términos de temporalidad (determinada en este caso por las grandes diferencias demográficas y económicas del continente), hasta el punto de hacer menos creíbles los contenedores nacionales en el plano político y conceptual.

Durante los últimos dos siglos, las fronteras visibles, materiales y simbólicas de África se han ampliado y reducido constantemente. El carácter estructural de esta inestabilidad ha contribuido a transformar la configuración territorial del continente. Han aparecido nuevas formas de territorialidad y formas inesperadas de localidad. Sus límites no tienen necesariamente intersecciones con los límites, normas o lenguas oficiales de los Estados. Nuevos actores, internos y externos, organizados en redes y núcleos, reclaman derechos sobre estos territorios, con frecuencia haciendo uso de la fuerza.⁵²

⁴⁹ P. Linebaugh, M. Rediker: *I ribelli dell'Atlantico. La storia perduta di un'utopia libertaria*, Feltrinelli, Milano, 2004 (primera edición de 2000), p. 15.

⁵⁰ P. Chakrabarty: *The Subaltern History as Political Thought*, p. 98.

⁵¹ Véase M. Mamdani: *Citizen and Subject: Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism*, Princeton University Press, Princeton, 1996, *passim*.

⁵² A. Mbembe: *Al borde del mundo: Fronteras, territorialidad y soberanía en África*, en S. Mezzadra, *Estudios Postcoloniales: Ensayos fundamentales*, p. 169.

Con respecto a las fronteras coloniales, éstas han sido y son reexaminadas, desde arriba, como un símbolo de la invención y de la imposición colonial y, desde abajo, cuando son atravesadas por una serie de relaciones horizontales, a nivel comercial y de clan. Este respeto (aunque crítico) de las fronteras, para Mbembe, equilibra el extremo pluralismo africano de más «larga duración» en el plano lingüístico, organizativo y temporal.

Las fronteras, sin embargo, también para Mbembe, no deben ser subestimadas en sus funciones clasificadoras y administrativas, a menudo vinculadas a determinadas reconstrucciones etno-lingüísticas.

Significativamente, las insurrecciones separatistas del Biafra y del Katanga fracasaron, mientras tuvo éxito la de Eritrea, vinculada a una experiencia colonial autónoma. Para Mbembe, de todas formas, la disolución del Estado en África se desarrolla en dos direcciones contradictorias, a través de la intersección de diferentes formas de territorialidad y mediante el fortalecimiento gradual de grupos armados, más o menos legales, dentro las fronteras del mismo país, como en el caso de Somalia, Congo y Angola⁵³.

En Occidente la naturaleza híbrida del nacionalismo extra-europeo tendrá un peso sobre los movimientos revolucionarios tercermundistas. La perspectiva nacional de la revolución cubana, de la lucha argelina y de la guerra del Vietnam influirán el discurso de los grupos terroristas europeos en los años setenta, como las Brigadas Rojas, la ELA griega, la banda Baader Meinhof en Alemania y con más evidencia en la ETA vasca y el IRA irlandés. Con la crisis de los paradigmas marxistas y estructuralistas, el discurso nacionalista recuperará, en cambio, la perspectiva religiosa, secundando simbolismos de tipo étnico (a menudo asociados a una particular tradición confesional) y bélico (como en el caso de ETA o de la OLP).

En Europa el discurso-nación, dado por muerto en los años ochenta, regresó a la agenda política en oposición a los proyectos europeistas y al carácter multicultural de las metrópolis europeas contemporáneas. Después de la Unión Soviética, contrapuesta al occidente Atlántico y a sus valores liberal-democráticos, vuelve a aparecer el discurso orientalista a recordar una representación nacional diferente, religiosa y étnica del Occidente. La porosidad de las fronteras trae la identidad del otro a casa, reabriendo un sentido de nación superado en el ámbito académico, pero todavía fuerte en lo político y popular. Unas limitaciones de la historio-

⁵³ A. Mbembe: *ibidem*, p. 190.

grafía constructivista y no sólo en la explicación de un fenómeno considerado irracional y superado por el proceso de globalización.

Para Sandro Mezzadra el discurso racista de la Europa actual es parte del renacimiento nacional si se tiene en cuenta el carácter dinámico del concepto de raza y de cómo es «imaginado», a menudo reelaborado localmente, como en la Italia de los años noventa, desde la división tradicional entre Norte y Sur hasta la actual confrontación con el Oriente islámico. Para Mezzadra, sin embargo, «se la logica della sovranità è ben lungi dall'essere in procinto di scomparire nel nostro presente globale, i soggetti, i modi e gli spazi del suo esercizio stanno subendo radicali trasformazioni»⁵⁴. En este sentido, la territorialización de los Estados ha entrado en una fase de crisis, o de transformación, en el universo híbrido de los campos de acogida, de las organizaciones no gubernamentales y de las prácticas empresariales ya globalizadas. Las mismas instituciones europeas representarían un proceso de deslocalización que, superando las competencias nacionales, amplía el concepto de Europa más allá de los límites geográficos continentales, incluyendo el Oriente Medio y el África del Norte. Al mismo tiempo, la presencia de grandes minorías europeas «islámicas» y de «color» recrea en territorio europeo una «condición postcolonial», basada en la desigualdad entre los ciudadanos y los sujetos y sobre la ineficacia sustancial del discurso «liberal-democrático» europeo.

Si las luchas por la ciudadanía llevadas a cabo por los inmigrantes y la misma necesidad de mano de obra de los países occidentales crean, de hecho, una estructura híbrida y multicultural, esta situación no ofrece mecánicamente, en mi opinión, una superación del paradigma nacional. Los estudios postcoloniales, en lugar de insistir sobre la re-nacionalización europea como uno de los muchos *corsi e ricorsi* de la historia, se insertan en la línea, ya iniciada por Hobsbawm, que ve en el nacionalismo un elemento irracional e ideológico destinado a la desaparición. El discurso relacionado con los derechos, que hay que reformular por los estudios postcoloniales sobre bases locales y globales, no comprendería las fronteras, si las replanteara conceptualmente y adaptara a una nueva realidad y temporalidad. Se trata de un enfoque atractivo y abierto hacia un multiculturalismo estructurado y muy lejos de lo políticamente correcto. Sin embargo, a casi treinta años de la clásica obra de Hobsbawm y Ranger, merece la

⁵⁴ S. Mezzadra: *La condizione postcoloniale: Storia e politica nel presente globale*, p. 99.

pena detenerse en la fuerza del discurso nacional, capaz de reformularse (incluso gracias a los movimientos migratorios) sobre nuevas tradiciones imaginadas. La alternativa está representada por una división, en el ámbito de la producción editorial, entre historiografía y literatura histórica, donde la primera trata de desacreditar los mitos creados por la segunda. El discurso nacional y su poco probable «imaginación» desarrollan una función que vale la pena estudiar, ya que es todavía central en términos de legitimidad y de integración social.

Conclusión

Después del fin de los principales paradigmas historiográficos, los estudios postcoloniales fueron los primeros en volver a escribir el concepto de «modernidad» en la agenda didáctica. Una operación que no querría oponerse a las novedades postmodernas y deconstruccionistas, que reconocían la degeneración etnocéntrica del «progreso» europeo. El giro lingüístico de la historiografía había negado las representaciones historicistas y materialistas (no perdonando las experiencias analistas, cuantitativistas y los estudios antropológico-culturales), determinando, en cualquier caso, un poderoso paradigma «idealista».

En los estudios postcoloniales (o en una parte sustancial de ellos) la deconstrucción de la narrativa histórica no pierde el contacto con la materialidad cotidiana, buscando, en la línea de los *Subaltern Studies* de Ranajit Guha, la voz «censurada» y negada de los subalternos extra-europeos. Si el discurso histórico fue capaz de recuperar un sentido ético y racional, éste tenía que ser reformulado en términos globales. La voz de los subalternos debía independizarse del discurso nacional y guiar, en la forma propuesta por Gilroy sobre el tema de la esclavitud «atlántica» de color, la nueva narrativa histórica. Como hemos tenido ocasión de observar, sin embargo, Gayatri Spivak desconoce la posibilidad de representar las historias marginales, haciendo, en su reflexión, más difícil la traducción semántica de la modernidad y de la temporalidad histórica que, en mi opinión, representa la verdadera novedad de los estudios postcoloniales.

En este sentido no se propone una alternativa a un *impasse* historiográfico en el que, a través de un discurso de liberación (y en un contexto marcado por el fin de las ideologías), ha producido una crisis en el mundo académico, dividido entre nostálgicos del «hilo rojo» hegeliano y relativistas. Como recuerda Aróstegui, «la situación no puede ser más pa-

radófica: el extraordinario aumento de la producción historiográfica no se ve acompañado todavía en ningún caso por una renovación clara de sus presupuestos explicativos, de sus métodos o del perfil de un nuevo investigador»⁵⁵. Establecida la naturaleza ideológica de la narración, vale la pena preguntarse cuál es el propósito y la importancia de los conceptos de modernidad y progreso, incluso cuando son insertados en una temporalidad fragmentada. Si la disciplina histórica pretende renovarse, conservando sus propias posiciones en relación a una conservadora, pero cada vez más numerosa, literatura historiográfica, no podrá rechazar este debate.

Para Chakrabarty, la investigación histórica ha sido por mucho tiempo concedida y divulgada de acuerdo con las formas y los patrones culturales de Occidente, ignorando totalmente o casi por completo la realidad y los progresos académicos extra-europeos. Para responder a tal «asimetría de la ignorancia» (en el sentido de que los estudiosos extra-europeos no podían ignorar la hegemonía académica del viejo continente), se propone una «provincialización» de Europa en el plano académico, político y del discurso historiográfico. En este sentido, rechazada la modernidad occidental y los discursos concernientes a la ciudadanía y los derechos, no se podía no admitir, para Chakrabarty, que «the project of provincializing Europe therefore cannot be nationalist, nativist, or ativistic project»⁵⁶. El nacionalismo entendido como fenómeno racional e integrador (también en su forma anti-imperialista) es rechazado por los estudios postcoloniales como uno de los soportes de la forma-Estado europea, verdadero muro divisorio entre la supuesta modernidad (europea) y el atraso (tercermundista).

Indian history, even in the most dedicated socialist or nationalist hands, remains a mimicry of a certain «modern» subject of «European» history and is bound to represent a sad figure of lack and failure. The transition narrative will always remain «grievously incomplete»⁵⁷.

En este contexto la identidad campesina o la referencia verdadera o imaginada a anteriores experiencias nacionales podrá ser reconocida, en

⁵⁵ J. Aróstegui: *La investigación histórica: Teoría y método*, Crítica, Barcelona, 2001 (primera edición de 1995), p. 180.

⁵⁶ D. Chakrabarty: *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton University Press, Princeton, 2000, p. 43.

⁵⁷ D. Chakrabarty: *ibidem*, p. 73.

la narrativa académica, sólo como un elemento anti-histórico y anti-moderno, no apto para ser representado «within the knowledge procedure of the university even when these knowledge procedures acknowledge and “document” its existence»⁵⁸.

Este enfoque muestra, sin embargo, algunos puntos débiles, donde reconoce en el paradigma nacional (al igual que la historiografía marxista) sólo una forma de construcción racional de la sociedad. Sin embargo, resulta contradictoria la posición de Chakrabarty al compararse con el hibridismo cultural de Bhabha, que muestra cómo Europa (y su discurso nacional) ya está inmersa en una realidad globalizada, sin un centro o una periferia definidos.

Los estudios postcoloniales presentan algunas lagunas donde recurren las propuestas de las teorías constructivistas del nacionalismo, fundamentalmente elitistas e incapaces de leer el éxito del discurso nacional entre las clases populares. En general, es posible ver en el paradigma postcolonial algunas interesantes sugerencias políticas, pero que carecen (hasta ahora) de la debida sistematicidad y verificabilidad.

Más centrados en la naturaleza del paradigma nacional (en su carácter híbrido y parcialmente irracional), los estudios culturales parecen, en cambio, haber asimilado las conclusiones post-estructuralistas y deconstructivistas en la valoración de los mitos nacionales en el plano lingüístico y antropológico, sin negar la función integradora y fundamentalmente material que el concepto de Estado-nación ocupa en la sociedad contemporánea. La postura de Roger Chartier sugiere que el relato legendario y mítico (o el antiguo enfoque eventual) realiza una función necesaria en el plano antropológico y, por otra parte, subordinado al orden social existente.

Los estudios postcoloniales se refieren también a la *alltagsgeschichte* alemana (la historia de la vida cotidiana) y a la historia conceptual de Koselleck, citada en el *incipit* del ensayo y cuya reflexión aclara algunas contradicciones de la propuesta postcolonial. En este sentido, Koselleck, en *Future Past: On the Semantics of Historical Time* (1993), muestra el dinamismo semántico de los conceptos de «modernidad» y temporalidad histórica, anclados, sin embargo, como ocurre con otros representantes de la escuela de Bielefeld, en la materialidad de los procesos históricos en su desarrollo cotidiano y en una perspectiva conceptual europea, aún no li-

⁵⁸ D. Chakrabarty: *ibidem*, p. 74.

neal, heterogénea e integrada en la periferia. A esta propuesta hay probablemente que adscribir el concepto de nación, aunque en un sentido dinámico y no vinculado a una idea de territorialidad uniforme.

La perspectiva postcolonial, en cambio, se arriesga a quedarse atascada en una recuperación de la narrativa modernista y en una apología de las diferencias multiculturales o, en el caso de la diferencia de género, entre una actitud negadora de la representación de la mujer del Tercer Mundo y una consideración únicamente antagónica del discurso feminista occidental, que sitúa en un segundo plano las instrumentalizadas, pero a menudo existentes, diferencias de género. La óptica «presentista», inevitable en el discurso postcolonial, hace, por otra parte, que sea difícil evaluar la verificabilidad de los paradigmas propuestos, distinguiendo las sugerencias políticas de las propuestas historiográficas.